

Fernando Centeno Güell: la búsqueda de un joven poeta en dos épocas

Miguel Guzmán-Stein*

¿Qué puedo decir yo de Fernando Centeno y Güell, el cuasi hijo de mi abuelo, el cuasi nieto de mi bisabuela, el cuasi hermano de mi padre, el que blandía la vara del regaño para refrenar mis excesos y oscuridades?

Hubo una vez un chiquillo nacido cerca del Mercado Central de San José, quien poco después del terremoto de 1910 se fue a Cartago con Carlos y Emilia, sus padres, para habitar la reconstruida casa de su Abuela Filomena, aquella primera Maestra Normal de Costa Rica quien fue su orgullo, situada al costado oeste de la plaza de La Soledad. En la vieja Ciudad del Lodo, Fernando se convirtió en la delicia de Eterna —su tía cuasi abuela—, del tío Ricardo, y sus primos hermanos Alfonso, Jesús, Luis, Juan Rafael y Mercedes, mucho mayores que él. Ahí, al igual que todos los chiquillos de la familia sorbió en la literatura y el buen hablar, y sugirió la acostumbrada tortura de aprender de memoria poesías y frases lapidarias, las mismas que años después usaría para golpearme y corregir mis desmanes.

Vuelto a San José y con la casa llena de hermanos, Fernando vio escuela y colegio, rompió marcos de referencia, leyó como loco, olió el panorama artístico— pintores, literatos, escultores...— y se hizo poeta. ¿Cuántos años para sus primeros poemas? ¿Doce o trece? Me parece ver aquel retrato que su madre guardaba con tanta pasión, en el que el mismo Fernando, hijo

* Profesor de la Universidad, Licenciado en Historia, Profesor visitante de las Universidades de Zaragoza y Sevilla. Ha realizado documentados estudios inéditos en los archivos vaticanos sobre la Iglesia costarricense y la masonería en Costa Rica. Es hijo del recordado maestro Andrés Vesalio Guzmán y de la maestra Gabriela Stein viuda de Guzmán

hermosísimo —típica estampa del carácter Güell—, posaba con bucles sobre los hombros y un gran lazo anudaba su cuello. Y luego, ya más grande, su fotografía en los periódicos de la época, de perfil griego, romántico, gesto altivo, anunciando así sus recitales y premios, uno de los mismos que se anotaría por 1930 al ganar los Juegos Florales, cuya crónica lo llamaba “El joven poeta Laureado Fernando Centeno Güell”.

Con escasos 20 años, Fernando era amado, era un poeta en explosión.

Fernando era entonces un bohemio. Se dolía del amor, se arrancaba el alma a girones buscando la verdad de la vida y en defensa de la verdad de la juventud. No en balde sus estadías en Cartago —cuasi destierro en épocas de gran inquietud— significaron la búsqueda del sosiego, de la razón, de la explicación de sus suegros del por qué rodar o no tras la amada que se hizo musa para inspirar la palabra.

La vida de Fernando está partida en dos: antes y después de España, antes y después de la Guerra Civil, antes y después de Lola, antes y después de su más querido y desconocido libro; Ángelus, el mismo que empezara a escribir antes que cualquier cosa sería, y publicado hasta 1932 en España. La primera etapa es fulgurante, llena de fuego e imparable movimiento. Su palabra en Lirios y cardos, en 1926, El mendigo del pinar, 1927, Carne y Espíritu, de 1928, Poesía, 1928, es bucanera, cándida, enamorada. Es la época del estilo, de la métrica, del dominio de la palabra escrita a través de la poesía. El alma, atormentada quizá, compite con la estética y el orden. Es el tiempo de la conciencia de valle cerrado, sin universo, sin conocer el mar y el dolor degenerado. Es cuando dice:

“Yo canto como el ave porque me brota desde el trino a modo de una queja doliente y musical. Porque hay en mi garganta un florecer divino de líricos arpegios y notas de cristal.

Yo canto como el ave porque me brota el trino así como revienta la flor en el rosal...¹

Curiosamente, tras su partida a España, Fernando sufrió el cambio. La mutación fue evidente, la sensibilidad había encontrado una fuente para renunciar la grandeza y descender a lo puro, lo sencillo y buscar la trascendencia. Dejar las pasiones y anidar dos caminos: el trabajo que imponía su espíritu sensible junto a los menesterosos, ejemplo claro de las miserias y debilidades del hombre frente al escondite infinito de la divinidad creadora del todo. Por otra parte, el poeta escondido, el hombre solitario, el mismo que por sí y para sí diría:

“Para mí, la poesía es la expresión más honda y telúrica del hombre. Es hallazgo del espíritu al penetrar en el mundo ideal y metafísico”²

Pero, ¿qué ocurrió en Fernando, qué vio, qué le impactó para tal cambio? El Hacedor de Sueños nos da la pista cuando reza:

“Amé al amor y fui al amor, amando. El amor me dio su desvelo, su tortura. ¡El que ama es infinitamente desdichado! Doloroso dulzor, goce dolorido, el suyo. En él los manantiales y la sed; el desierto, los oasis; la súbita llamada. Contra ella el hombre nada puede y es esclavo: ¡pesa tanto el mandato de ser y perdurar?”.

“Yo amaba al hombre más que al arte: me era más querido el artista que su imagen. Y nuevamente interrogó mi angustia: ¿Qué queda, o perdura, de su tránsito?”

“—Un canto pasajero, evanescente como el café, — respondió el bosque. No sé por qué motivo, los simios y los cuervos se empeñan en imitar al hombre. ¡Es la más desdichada de las criaturas!”

“— Mitigamos su fatiga de viandante” — susurraron las fuentes y el árbol.

“—“¡Su soledad! ¡Su soledad! ¡Yo y su soledad! — graznó el búho.

“Y dijo el águila:

“—“Como yo, ama las cumbres... ¡y va a morir a los barrancos!”

“El hombre es una isla. Su soledad es la más sola; y le es imperativo comunicarse. Habita

un mundo de sombras que no llegan nunca a conocerse”.

“Alguien trata de ser visto y expresarse por sus ojos”.

“El niño es un ladrón de la ternura. Mendigo de cariño, el hombre. Yo amaba su tristeza, su horfandad; su impulso inapelable hacia adelante: hoja muerta que busca alas en las alas errátiles del viento; voluntad de existir; empeño de supervivencia de insecto mutilado”.

“Yo amaba sus caminos: los que van y no tienen retorno, los que vienen y nunca tuvieron partida. Solitarias sendas, holladas sólo por su planta. Gélidos y ardorosos caminos, que conoció su andanza y conoció su anhelo. En las rutas sin término vio hombres con miradas de fracaso, el hastío cabalgando sus párpados. Mordía el aire su bostezo. El cielo era para ellos hondo astío azul. Calculaban dimensiones de estrellas, y adivinaban la estatura del hombre.

“Yo creía en la altitud de su destino. Aprendí que la existencia le es dada para alcanzar su perfección. He visto trastocarse esa verdad: Nacían serpientes en sus entrañas y de sus labios manaba la baba del áspid. Ví correr, como ríos subterráneos, sus pasiones. ¿Contra qué arrecifes embestían las ondas; ¡Cuánta ira arrastraban! ¡Cuánto lodo!

“Oí al hombre justificar sus actos. Llamaba “humanas”, actitudes que sólo podrían calificarse de infrahumanas. Recordó las palabras de Renard: “Bestia humana. Humana es redundancia. Solamente los hombres son bestias”. (Víboras de Dios yo les llamaba). Las bestias, inferiormente colocadas en la escala biológica, desconocen la traición y la perfidia. (¿Qué metro habrá medido el animal-hombre a los otros animales de la tierra?).

“Y fue así... Como surjo la tiniebla en los rincones, en mi pecho brotó la rebeldía, y en sus profundos estratos ardieron las protestas. La hoguera se hinchó con el viento de la muerte.

“Ídolos y pedestales rodaron por el polvo... (hay también una muerte para los dioses). ¡Mentía la palabra augural de los profetas! ¡Mintió la voz del amante! ¡Mintió la luz y la sombra mintió! ¿Tenía la simiente la certidumbre de florecer y eternizar su fruto? ¿La noche, seguridad de un alba? Para el hombre, ¿qué eternidad existe?, ¿qué alborada?

Me quedó de pronto inmensamente callado dentro de mí. (qué hablar, si no había amor que expresar en las palabras?).

“Alcanzó mi alma madurez de trigo, y dio su harina, y ofrendó su pan. Comprendió que la muerte verdadera, eran el odio y la amargura: antes de destruir al ser

¹ Preámbulo a “Al oído de la amada, en: CENTENO GÜEL, Fernando: “Poesías”, La Tribuna, San José, 1928, p. 15. —

² Preámbulos de : CENTENO GÜEL, Fernando: Vendimia de Juan El Solitario (Ensayo Poemático), “Publicaciones del Centro Médico Cultural, San José, [1960], p.5.-

odiado, el que odia se destruyo a sí mismo... Mi alma se volvió tímida codorniz de corto vuelo, se hizo humilde. La gracia no descendió hasta ella, porque no estaba en el número de los elegidos.

“Epígono creyente del amor y la verdad, creían sus categorías excelsas. Los hombres me mostraron su sonrisa de colmillos desnudos. Mi corazón no era de la estirpe clara de los héroes y perdió sus sueños. Mi verdad pereció con ellos.

“Desde Walden, una gran voz llega todavía: “Nuestros sueños son los hechos más verdaderos que conocemos...”

“Y el peregrino dijo sus últimas palabras:”

“Diéronme un alma, y la vestí de sueño. Así la llevé por la vida: ¡vestida de sueño!”³

Aquella línea recta que vino de España tras la Guerra de España con Lola y Emy en brazos, se trazó un destino. Su calidad de hombre, el ser físico, inteligente, con movimiento, reconoció su humildad y empezó la senda del trabajo con sus semejantes desvalidos, los mismos que formaban parte de la unidad, de la síntesis, del todo creado. En el trasfondo, Fernando había ocultado, refugiado es mejor decir, su bohemia, su alma poética, su pequeñez, su búsqueda de la trascendencia a través del conocimiento humano, logrando empatar sensibilidad y entendimiento, luz y palabra. Fernando se sumergió, mediante su personalidad primigenia, en la soledad. Al respecto, Juan el vendimiador se muestra el gran revelador del cambio al decir:

“Porque todo es a través del espíritu... Me ha sido revelado, que el deseo de ser consciente hizo nacer sentidos de mi carne: como el sueño anheloso de los pámpanos hace brotar las uvas, y el ansia de la corporeidad y movimiento, logra que el aire sea visible en la rama estremecida... Dios ama la unidad y la síntesis”

Entre la primera y la segunda época hay un claro y total rompimiento en el uso de la poesía, del recurso lírico, al igual que lo fue en su vida, en su relación humana, en su forma de expresión, en su conciencia de la dimensión humana y divina. Casi 18 años entre Ángelus. La última publicación, y la Evocación de Xande. El lenguaje y la temática —sólo escondida para ambas épocas en Ángelus—, sufren un cambio radical. Fernando va a crear todo un completo sistema metafórico de imágenes para reflejar, a través de ellas, su vida, su mundo su universo, su concepción del ser y la nada, de lo divino, la búsqueda de lo trascendente; es la misma fórmula para su vida práctica, su trabajo, su función social, su amor al ser humano.

Fernando no discute sobre poesía. Fernando hace poesía únicamente. El lenguaje se conceptúa como espíritu —su ánima grita a través de él— y su todo literario actúa como creación de

belleza. Se rima entonces una concepción estética mediante un método que interioriza la soledad del hombre. Hay algo más que simples reflejos o imágenes: hay una relación entre vida y obra, entre luz y simiente, entre lo oculto y lo despierto. Las creaciones de su genio, las visibles, tangibles, no provienen de lo externo, sino de una vida interior, intensa e independiente, sola, donde convergen infinitas imágenes misteriosas. Su bohemia no forma una concha protectora insensible o ciega; al contrario, es tal su profundidad inmensa, que alcanza niveles extraordinarios de intensidad, sólo propios de los seres extraordinarios: es así como el dolor o la alegría —estación final para el hombre común— son en Fernando el punto de partida de la creación. La mutación se ha dado, y nos la rebela Juan cuando canta:

“Y tú, ¡Oh inmensa, palpitante caracola! —acuario de algas y sonidos— ¡Silénciese tu voz y duerman tus lejanos ríos y tus peces! ¡No extrañe yo tu mutación y de ella aprenda: callas para que tu pecho se llene de iras y de gritos. ¡En el silencio gestas rebeldías y tus grandes voces!”

“He oído la llamada que me invita a un destino de canto: al país luminoso del ensueño y la palabra”

¿Y quién es Fernando Centeno, el de la segunda parte, el hombre de cuya novedosa vida sólo se acuerdan hoy los buenos, los niños, los viejos, los locos, los maestros..., nosotros?

“Héme aquí; soy Juan, viñador, y vivo en soledad—más no como los eremitas, huidos un poco de la tierra— solo: como un árbol solo o vid solitaria. A solas, siembro y recojo a solas mis racimos.

“Guardián cuidadoso, vigilo el crecimiento de mis parras; viñador atento de mí mismo, en la vida de la vid y en mi vida, voy tomando noticia de que existo, advierto la realidad de mi existir mi sentimiento hacia las cosas ha cambiado y es otra mi manera de mirarlas... (¿La mutabilidad, no es razón de existencia?)”⁴

En los últimos años, tras tiempos de fuerte negativa a mirar atrás, hablamos Fernando y yo un poco de aquellos tiempos prehispanicos. Cuando se tenía derecho a ser bohemio, cuando era dueño de la verdad, cuando se deshacía de amores y sufría pasiones. Su poesía y ensayos lo dicen todo y hay que descubrirlo. En ella está su vida y hay que encontrarla. Es su biografía. Aquella claudicación puso en evidencia su cansancio, su definitiva entrega a lo ya descubierto, y sólo el tiempo, el Tiempo en el Reloj de agua, y no en el de

³ CENTENO GÜEL, Fernando: “El Hacedor de Sueños”, Publicaciones del Centro Médico Cultural, San José, [1960], pp. 10, 12-16.- Se conserva la ortografía original.

⁴ CENTENO GÜELL, Fernando: “Vendimia de Juan El Solitario”, p.7-

arena, nos dice que ya estaba puesto el pie en el estribo. Este último libro⁵ al contrario de quien ayer dijo que no aportó nada, revelaba su fin último, su vuelta al pasado, a la primera etapa, para así entregarse a la muerte y completar el ciclo. ¿Si no, por qué Fernando estaba tan seguro en sus últimos días que la muerte de los mundos rondaba para arrancarle el aire y sumergirle en la oscura soledad para siempre? El fruto estaba maduro en su testamento escrito desde hacía años, dedicado al amor, nos arroja el legado que nos dice Juan Viñador solitario:

“Creed en el amor: es siembra y cosecha divina. Recobrad la visión primitiva, la mirada original del hombre: os parecerá recién nacido el mundo. Creed en la voz amante y en la voz quejarosa: la que ama bajo el sol o agonizaba en las tinieblas, devorada por sus buitres; no digáis que su cantar se repite y os molesta; continuidad de fruto es coherencia en la vid, y en la vida. Creed en lo que os dije: “La soledad es el lagar de los mejores vinos”.⁶

Hoy repito aquellos versos que le hacen más mío, de vosotros, de todos, rasgados desde la Biblia que fuera su inspiración señera:

“Cuenta la Biblia como Jesús hacía milagros: ponía saliva en sus dedos y luego los imprimía sobre la lengua del mudo, y éste empezaba a hablar, sobre el oído del sordo y éste empezaba a oír.”

“Sin embargo, Fernando no era Dios, ni hacía milagros. Solo un hombre, nada más que un hombre.”

“Fernando no era Dios, pero dio el habla a los mudos.”

“Fernando no era Dios, pero abrió los oídos de los sordos.

“Fernando no era Dios, e hizo manso al loco.”

“Fernando no era Dios, y habilitó la mano del tullido”

“Fernando no era Dios, pero hizo pensar al hombre que estaba en lo oscuro, en la ignorancia, en el abandono, en la vergüenza, en el olvido.”

“Fernando no era Dios, pero abrió los límites de la inteligencia oculta, hizo del amor un canto; y de la paciencia un sayo.”

“Y no era Dios, sólo un hombre.”⁷

⁵ CENTENO GUELL, Fernando: “El tiempo en el Reloj de Agua”, EUNA, Heredia, 1992.-

⁶ CENTENO GUELL, Fernando: “Vendimia de Juan El Solitario”p.16. -

Dixit
Instituto Costarricense de Cultura Hispánica. Jueves 11 de
Noviembre de 1993, 19:30.
Homenaje y entrega a título póstumo del Premio Fernández Ferraz, a
D.
Fernando Centeno Güell
Miguel Guzmán-Stein.-